

VERSO 15.

*Fuente de huertos, pozo de aguas vivas
que corren con ímpetu del Líbano.*

VERSO 16.

*Levántate, Cierzo, y ven;
Austro, sopla por mi huerto y fluyan
los aromas de él.*

Así como explica el Esposo los frutos y las plantas que hay en el huerto, con el cual compara á la Esposa, así también dice algo de la fuente que completa la misma comparación. Y como la había llamado fuente sellada, para que no se crea por esto que avarienta de sus aguas, las retiene sólo para sí y no las deja correr para bien de las campiñas, la llama ahora fuente de los huertos; es decir, que aunque cercada, cubierta y aun sellada, no obstante, generosa derrama sus aguas para embellecer y cubrir de flo-

res los jardines. Llámala, pues, fuente de los huertos; y para denotar lo copioso de sus aguas y la velocidad con que corren, añade: «pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Líbano.» Realmente existía este manantial, que un antiguo visitador de los santos lugares describe así: «La fuente de los huertos de que se habla en los Cánticos de Salomón, brota con fuerza del monte Líbano, como á seis mil pasos de Trípoli, y en breve espacio crece, formando un río veloz y copioso, cuyas aguas son frías, muy limpias y dulces, con las que riega y fecunda toda la región situada entre el Líbano y Trípoli. De este río cuenta Josefo, que se llamaba sabático, porque prodigiosamente corría en abundantes aguas los días del sábado. ¿Cómo no ver desde luego, principalmente por esta última circunstancia, que esa fuente de los huertos y ese pozo de aguas vivas, simbolizan á nuestra muy amada Madre María? De Ella, en efecto, se entiende lo que dice David: «Un impetuoso río alegra la ciudad de Dios, y el Altísimo santificó su tabernáculo.» Es decir, santificó el

cuerpo de la santísima Virgen, en la que había de habitar, y la regocijó y alegró en su inmaculada Concepción con un río impetuoso de dones y de gracias. Y no contenta con guardarlas para sí, es una fuente que riega todos los jardines de la Iglesia, es decir, todas las Ordenes religiosas que Ella ha instituído, y la reconocen por Patrona y Fundadora, y sigue fecundándolas y hermo세ándolas con las aguas de su protección. ¡Oh, y cuán hermosos son esos jardines del pacífico Salomón! ¡Oh, y cuántas flores de preciosas virtudes germinan en la sombra de las montañas, producidas por esas plantas, esto es, por esas puras vírgenes que allí moran y que, consagradas al Esposo celestial, sacan todas los días en la oración, gracias de fecundidad y de vida del pozo de aguas vivas que disfrutan, es decir, de la Virgen María su Madre y su Reina y su Señora! Mas también tiene otros jardines, aunque no entre muros como las monasterios, pero igualmente formados por Ella, y vigilados en medio del mundo y regados con copiosas aguas; y son las varias Obras, Cofra-

días y Asociaciones que le están consagradas. ¡Oh dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, que extendida por las cinco partes del mundo, cuentas ya con más de trescientas mil plantas odoríferas, cándidos lirios de pureza que crecen al derredor de la Azucena de los cielos, y forman como isletas de verdor florido en medio del cielo del mundo corrompido! ¡Tú eres, oh Madre! la fuente de estos huertecillos sin cercado! ¡Tú eres el pozo de dulces aguas, que desde el Líbano del cielo fluyen con ímpetu á regar á estas florecitas de la tierra! Bendícelas, ¡oh Virgen Inmaculada! libértalas de tantos peligros, defiéndelas de tantos enemigos; riégalas y fecúndalas con las aguas de tu amorosa misericordia. Como río sabático, mándales el día sábado un aumento de gracias, pues sabes que en ese día especialmente te veneran, te saludan y te ofrecen particulares obsequios.

Levántate, sigue diciendo el Cántico, esto es, despierta, muévete, aléjate, oh cierzo, viento frío que dañas las plantas: marcha, para que en tu lugar venga el

austro; y tú, ¡oh austro! viento suave y agradable en estas regiones, viento saludable y fecundante, disponte á venir y á batir tus alas sobre mi huerto, para que á tu soplo fluyan sus aromas y lleves contigo su fragancia por todas partes. Aunque algunos pensaron que en este verso era la Esposa la que hablaba, mas no es sino el Esposo, que después de haber alabado á su huerto, desea que venga el viento á esparcir sus aromas. En el huerto del alma el cierzo frío es el demonio y el pecado, que seca y marchita las flores de las virtudes, y por eso se requiere alejarlo de su huerto. El austro, viento cálido y fecundante, es el Espíritu Santo, que con su soplo fertiliza el jardín, y embellece las flores, y esparce sus aromas; y después de las flores, hace que produzca frutos aromáticos y nutritivos, como explica San Gregorio. En cuanto al jardín amenísimo de la Virgen María, su Esposo y su Dueño mandó alejar al cierzo helado, cuando retiró á Lucifer, no permitiendo que soprase sobre Ella manchándola con el pecado original, y llamó al Espíritu Santo, viento de fuego

sagrado, que soplando sobre Ella la llenase de gracias, y comenzasen á esparcirse, hasta el cielo, los gratísimos olores de sus virtudes: el aroma de la pobreza, graciosa violeta; el aroma del heliotropo de su profundísima obediencia, y el purísimo aroma de la azucena de su castidad. ¡Oh, y cómo esparcían suavísima fragancia estas tres flores de los jardines religiosos, en el huerto precioso del alma de nuestra Madre, aun antes de nacer! Verdaderamente que el cierzo no pasó por allí, y que el Austro celestial, con sus alas la fecundó, la embelleció y la hizo deleitable á toda la santa Trinidad! Acudamos, cristianos, á esta fuente dulcísima: saquemos de este pozo de aguas vivas refresco para nuestra sed: pidamos á la Reina de los Angeles que aleje de nosotros el viento de las tentaciones, y nos alcance el soplo del divino Espíritu, que esparza de nosotros el olor del buen ejemplo entre nuestros hermanos.

*Voz de la Madre á las Hijas de María
Inmaculada.*

Si queréis, amadas hijas mías, que mi Jesús celebre vuestra hermosura, procurad tener ojos de paloma, por la modestia y en lo interior, la recta intención; poned vuestros pensamientos en lo alto, para que vuestros cabellos sean como las cabrillas que suben al monte Galaad desmenuzad las verdades evangélicas en la meditación, para que vuestros dientes sean blancos y hermosos; que vuestros labios, como cinta de escarlata, hablen siempre palabras de caridad y de paciencia; que el pudor asome en vuestras mejillas, pintándolas como trozos de granada. Sobre todo, sed fuertes contra las tentaciones, para que como torre de David aterricéis al demonio, colgando en mí vuestros escudos: sea casto vuestro seno, y permaneced en la fuerza de vida, hasta que declinen las sombras de la mortalidad y sople el día de las eternas recompensas. Si subís conmigo al monte de mirra del Calvario, y en el collado de incienso de la oración medi-

táis devotamente la Pasión del Hijo con los dolores de la Madre, El aumentará vuestra hermosura, y os llamará de los montes de las pasiones ya domadas, para coronaros. Si habéis herido el Corazón de mi Jesús con la herida del pecado, heridlo dulcemente con la herida del amor, y se dejará prender por vuestra pureza y obediencia; os hará fecundas en virtudes, aromáticas en los ejemplos, dulces en las palabras de vuestros labios; si sois constantes, hará de vuestras almas jardines deliciosos de dulces frutos que le contenten, y de aromáticas plantas que exhalen el olor de la fe, la suavidad de la esperanza y la celeste fragancia de la caridad; el nardo de la pureza exhalará el olor de Jesucristo, y la mirra de la mortificación con el áloe de la penitencia, os harán muy agradables á sus ojos. Desde el Líbano del Empíreo derramaré sobre vosotras las aguas vivas de mis bendiciones, y en vuestra hora postrera arrojaré lejos de vosotras los vientos infernales, y rogaré al Divino Espíritu que se digne visitaros. ¡Aliento, pues, mis hijas muy amadas, perseverad

hasta el fin! La vida es corta, la muerte no tarda, los trabajos se acaban, la recompensa es muy grande; vuestra Madre, que tanto os ama, os espera en los cielos!

Voz de las hijas.

¡Oh Madre! ¡Madre! ¡Madre del alma y Madre muy amada! ayúdanos y obedeceremos tus preceptos. Ahora solo te diremos como la Iglesia: María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, protéjenos tú del enemigo, y en la hora de muerte recíbenos en tus manos maternales. Amén.



CAPITULO V

Convite al huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Sus manos, su pecho y sus piernas.—Su garganta.—¿Dónde está para buscarlo?—Voz de María.

VERSO I.

Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus mananos. Vine á mi huerto, hermana mía, Esposa; he segado mi mirra con mis aromas: he comido panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche: comed, amigos, y bebed y embriagaos los muy amados.

Natural parecía que oyendo la Esposa alabar tanto su huerto, convidase al Es-